

compatriotas, á ejemplo de Jesucristo que fue crucificado por los de su nacion. Un pariente suyo, que se hallaba á la vista, habia ido antes al Salto para ver si podia llevársela consigo, y la respuesta que recibió de ella fueron estas palabras: „estimo infinitamente mas mi religion que mi pátria y que mi propia vida; y por cuanto hay en el mundo no volveré á un lugar en que mi salvacion estaria en peligro.” Este desaire le habia causado un resentimiento que se arraigó con el tiempo, y llegó al mas alto grado con la presencia del objeto. Salta furioso al caldoso, la arranca un Crucifijo que llevaba al cuello, y la hace en el pecho una incision en figura de cruz, diciéndola: „toma; eso es lo que prefieres á tu pátria y á tu familia.” „Te doy gracias, hermano mio (le dijo Francisca): yo podia perder la cruz, ó podian quitarmela como tu has hecho; pero me das una que no perderé mientras viva.”

Despues de esto la pasaron tres noches consecutivas por todas las cabañas, donde sirvió de juguete á gente jóven y desenfrenada. A los cuatro dias la ataron al poste fatal. Treinta ó cuarenta hombres furiosos la aplicaron en todas las partes del cuerpo tizonos ardiendo y cañones de escopeta hechos áscua. Duró este tormento horas enteras, sin que se quejase la heroína. Mr. de San Miguel, que estaba entonces cautivo en Onnontague, de donde tuvo la felicidad de escaparse en el momento en que iban á quemarle, refirió todas las circunstancias de este suplicio, de que fue testigo, y se horrorizó al presenciarle.

Habiéndose divertido mucho tiempo aquellos bárbaros atroces en quemar lentamente á la mártir, la cortaron al rededor con un cuchillo la piel de la cabeza, segun su costumbre; la arrancaron la cabellera, y en lugar de ella la echaron ceniza caliente; despues de lo cual, empujándola, arrastrándola y obligándola á correr, la persiguieron con bastante algazara y con una nube de piedras. Insensible á todo, se puso de rodillas luego que tuvo libertad para ello, y ofreció á Dios los últimos alientos de vida, la cual perdió en un momento, quedando sepultada bajo un diluvio de guijarros.

Otra muger llamada Margarita, murió alegrememente en los mismos suplicios á los veinticuatro años de edad. Desde los trece años en que recibió el bautismo, habia sido un modelo de todas las virtudes cristianas, y de una vivacidad de fe singular. Miraba el martirio como un favor insigne, y este era despues del bautismo el objeto de sus votos mas ardientes y de sus continuas oraciones. Entregada al populacho salvaje, se vió al instante despojada de todos sus vestidos; y arrojándose tumultuariamente aquellos mónstruos sobre la víctima pacífica, no hubo miembro que no la sajasen con cuchillos, de suerte que en un momento fue todo su cuerpo una herida. Un francés, que fue espectador de esta horrible escena, miraba como un milagro que no hubiese espirado inmediatamente. Viéndole Margarita enternecido y lloroso, le dirigió estas palabras: „Os lastimais de mi suerte, y en efecto no me queda ya mas que un

momento de vida. Pero bendito sea Dios eternamente por tan gran favor. Dejad de compadecerme: no temo la muerte ni los tormentos. Cualquiera que sea el rigor de los que todavía he de padecer, Dios me trata con bondad y segun su gran misericordia, borrando de este modo mis pecados, que merecen infinitamente mayores castigos. Rogadle que me los perdone verdaderamente, y que me sostenga en todos los trabajos que me envia." Como la quemaban á fuego lento, sintió al fin una sed estremada, y pidió un poco de agua. Pero inmediatamente despues dijo: „Mi Salvador tuvo sed muriendo por mí. ¿No es justo que sufra yo la misma molestia?" Luego pidió que no la diesen de beber aunque solicitase este alivio.

Sus feroces compatriotas la atormentaron desde el mediodia hasta despues de puesto el sol: observaron todas sus prácticas bárbaras, la arrancaron la cabellera, la cubrieron el cráneo ensangrentado con ceniza caliente, la desataron del poste, y la mandaron que corriese. Pero la humilde mártir se puso de rodillas para hacer oracion. La dieron muchos palos en la cabeza, sin que interrumpiese su piadoso egercicio. Al fin uno de ellos cogió un cuchillo, y se lo metió por el vientre; pero se rompió el cuchillo, quedando llenos de asombro todos los que lo vieron. Otro la dió un golpe mortal en la cabeza con una estaca, y como respirase todavía, encendieron un monton de leña seca, y arrojaron allí el cuerpo, el cual quedó enteramente consumido.

Tenia un niño de dos años que fue cautivado con su madre, y á pesar de su tierna edad perdió tambien la vida. Estando encendida la hoguera, el inocente llamó tres veces á su madre, que habia ya muerto, y alargó sus manecitas hácia el cielo, como si la viese allí y la pidiese socorro. No pudo la ferocidad salvage resistir á un espectáculo tan tierno y maravilloso. El niño fue libertado de las llamas, pero no del martirio. Habia pedido su madre esta gracia para él, y que fuese á acompañarla cuanto antes, por el temor de que si la alcanzase en dias se criase en la idolatría ó en la disolucion. Se apoderó, pues, un nuevo furor de uno de aquellos bárbaros, el cual cogió por un pie á la criatura, y despues de tirarla dos ó tres veces hácia arriba, la rompió la cabeza contra una pared. Otros muchos cristianos iroqueses manifestaron la misma constancia en confesar á Jesucristo en presencia de muchos testigos irrecusables, sin contar con los que en mucho mayor número fueron sacrificados en la obscuridad de sus cabañas, sin tener mas testigos que á Dios y los verdugos que les quitaron la vida.

19. Tales son los frutos de salvacion que produjo la semilla evangélica en la mas ingrata de todas las tierras salvages. ¡Qué triunfo para la gracia de Jesucristo, de la cual procedian! ¡Qué fuerza visiblemente sobrehumana en unos salvages que apenas eran cristianos, y que antes de ser cristianos apenas se diferenciaban de los brutos! ¿Y qué otra virtud que la de lo alto pudo dar á los pastores una elevacion

tan superior á la naturaleza? Un misionero, que acaba de llegar de Europa, donde habia pasado los primeros años de su vida en el seno del buen gusto y de la urbanidad, se veia trasplantado á trescientas ó cuatrocientas leguas de toda habitacion social, entre unos salvages, á quienes la gracia del bautismo no habia quitado la rudeza ó grosería que les era genial, ó estaba radicada en ellos por un largo hábito (1). Solo el modo con que toman el alimento, causaba náuseas al europeo que empezaba á comer con ellos. Llenan de carne y agua un gran caldero, y despues de un ligero hervor en que queda la espuma, sacan la carne, mucho menos que á medio cocer, y la distribuyen en unas cortezas de árbol que les sirven de platos. Comen sin cuchillo ni tenedor, y con la asquerosa glotonería de un animal carnívoro. No hay que decir que se pueda comer pan solo, porque entre ellos es desconocido este género de alimento. Cuando les falta la caza, recurren á la pesca. Hubo misioneros que al llegar á aquellos paises, no encontraron mas comida que ranas medio crudas y sin desollar. Solo con ver estos animalejos amontonados de forma que causan horror, por mas animoso que sea el ministro evangélico, manifiesta sin duda poco apetito, y no se apresura á comer. El genio áspero del salvage y su sencillez natural le hace incapáz de disimular nada. No dejan de preguntarle porque no come. Seria inútil excusarse con la repugnancia que causan aquellos manjares. „¿Pues qué, Ropanegra

(1) *Cart. edific. t. 6. p. 159. &c.*

(este es el nombre que dan á los jesuitas, y al cual atribuyen la idea de una virtud capáz de todo); ¿pues qué, Ropanegra (le decian en efecto y lo han dicho algunas veces), deliberas para vencer tu gusto? ¿Es esto tan difícil á un patriarca, que sabe perfectamente la oracion? Es decir, que observa con perfeccion las máximas del Evangelio. Tambien nosotros tenemos que vencernos para creer lo que no vemos.” Entonces ya no hay que detenerse, pues todas las excusas serian verdaderos escándalos.

A esta abundancia repugnante sucede muchas veces una escasez estremada, entre unos pueblos que continuamente andan errantes, y que por otra parte no saben qué cosa es atender al dia de mañana (1). Despues de una larga correría, en que faltó poco para que el pastor y las ovejas pudiesen de hambre, de frio y de cansancio, aquellos buenos salvages, restituidos á sus casas, trataron de obsequiar á su misionero, que era el padre Rale, para que se desquitasé de tan largo ayuno. ¿Pero en qué consistia la comida, que, segun las circunstancias en que se hallaban, era para ellos un banquete espléndido? En primer lugar le presentaron unas puches de maíz. El segundo plato fue una torta de la misma harina, con bellotas asadas y un pedacito de carne de oso. En fin, el tercero, que servia de postre, se reducía á una mazorca de maíz, tostada al fuego, con un puñado de granos de la misma especie cocidos debajo de la ceniza. Sin embargo, admirándose el misionero de

(1) *Ibid. p. 222.*

la esplendidéz de aquel banquete: „ ¡Ay, padre nuestro (le dijeron): hace dos dias que no has comido nada, justo era que te obsequiasemos. ¡Ojála pudiéramos repetirlo cuanto antes!”

Habia sin duda otro alimento muy delicioso para el espíritu que animaba á aquellos hombres apostólicos (1). Su caridad y su desinterés hacian algunas veces las impresiones mas inesperadas en el corazon de aquellos bárbaros. Para citar un egeplo muy oportuno, y que nos escusará de repetir otros, anticiparemos la série de los tiempos, como lo hemos hecho arriba. Un cacique de los mas famosos de la nacion cristiana de los abnakis, fue muerto por los ingleses, cuyas colonias no están distantes de dicha mision; y los amalinganos idólatras, que se establecian en las inmediaciones de aquellos neófitos y querian vivir en paz con ellos, les enviaron diputados para darles el pésame. El padre Rale, fundador eternamente memorable de aquella fervorosa mision, se aprovechó de la ocasion que se presentaba, para echar las primeras semillas del Evangelio en el corazon de los amalinganos. Los ministros de la religion anglicana, intentaron hacer que la abrazasen aquellos pobres salvages; pero apesar de su ignorancia, recibieron las propuestas con una indiferencia que no distaba mucho del desprecio. No sucedió así con el convite que les hizo el misionero católico. Después de la primera insinuacion hecha con una elocuencia y una unção enteramente apostólica, hablaron

(1) *Ibid.* p. 190.

entre sí algunos intereses, y luego dió esta respuesta su orador en nombre de todos ellos: „ Padre mio, me he alegrado mucho de oírte. Tu voz ha penetrado en mi corazon, como el rocío de la mañana, pero este corazon no está todavía abierto, y no puedo manifestarte ahora lo que encierra, ni á qué parte se inclinará. Es necesario esperar á los caciques y sábios de nuestra nacion, que están ausentes hasta el otoño próximo. Entonces te manifestaré mi corazon.”

20. Al término señalado no dejó el misionero de pedir la respuesta. Para esto comisionó á un abnakis de mucho talento, que iba á comprar trigo á los amalinganos para la siembra, y le llevó esta respuesta: „ Estamos muy agradecidos á un padre que continuamente está pensando en nosotros. Sus palabras están profundamente grabadas en nuestros corazones, y nos es imposible olvidarnos de ellas. Nuestro padre nos convence de que nos ama: desea nuestra felicidad, y nosotros queremos hacer todo lo que nos pide. Queremos adorar al Gran Genio (así llaman al verdadero Dios); aceptamos la oracion que nos propone, y hubiéramos ido ya á buscar á nuestro padre á su aldea, si hubiera en ella viveres suficientes para subsistir mientras nos instruyese. Pero lo que mas nos aflige es que se padezca hambre en la cabaña de nuestro padre, y que no podamos ir á recibir allí sus lecciones. Si nuestro padre pudiese venir á pasar una temporada con nosotros, no tendria hambre, y nos instruiria.”

Como la escaséz que afligia en efecto á los abnakis,
Tom. XXVII.

los hubiese obligado á alejarse algun tiempo de su aldea para buscar con qué mantenerse hasta la cosecha del maíz, en este intervalo accedió el misionero á las instancias de los amalinganos. Estaban observando los caminos por dónde podria ir, y habiéndole descubierto á una legua de distancia, empezaron inmediatamente á saludarle con una descarga general de escopetas, y repitieron esta demostracion con mucha frecuencia hasta que estuvo en medio de ellos. Seguro de sus buenas disposiciones en vista de esta acogida, hizo que al momento se plantase una cruz. Algunos salvages cristianos que le acompañaban construyeron al mismo tiempo una capilla con varas y cortezas muy grandes, á la manera que hacen sus cabañas, y dispusieron un altar. Durante esta ocupacion, recorrió el misionero sus cabañas para convidar á los prosélitos á las instrucciones. Luego que éstas principiaron, acudieron con un fervor, que fue aumentándose de dia en dia. Las recibian tres veces en la capilla, por la mañana despues de misa, al medio dia, y por la noche despues de las oraciones. En lo restante del dia iba el padre por las cabañas á dar instrucciones particulares. Luego que estuvieron instruidos, fijó el dia para la solemnidad del bautismo. Los primeros que se presentaron para recibirle fueron el cacique, el orador y cinco de los mas principales de la nacion, tres hombres y dos mugeres. Inmediatamente despues de éstos recibieron la misma gracia cuarenta personas. En fin, fueron bautizados todos los demás en aquel dia y en el siguiente.

Cuando el pastor se vió precisado á volver á su rebaño, el orador de los nuevos cristianos, en presencia de todos sus compatriotas solemnemente congregados, le espresó sus sentimientos en estos términos: „Padre nuestro, nos faltan las palabras para explicarte lo que sentimos en nuestro interior. Nos parece que despues del bautismo tenemos otro corazon. Ha desaparecido todo lo que nos incomodaba. Nuestro valor es firme: le sostiene una fuerza desconocida y estamos invenciblemente resueltos á obedecer al Gran Genio mientras respiremos.” El misionero les respondió con un discursito, en que los exhortaba con uncion y con mucha ternura, no solo á perseverar en la fe, sino á no hacer jamás ninguna cosa que no fuese digna de la cualidad de hijos de Dios, de que habian sido revestidos por el bautismo.

21. Las colonias inglesas tenian celos de unas conquistas espirituales que consolidaban en su vecindad la dominacion francesa. No hubo ventaja que no propusiesen á los abnakis y á los amalinganos para atraerlos á su partido, ó á lo menos para que estuviesen indiferentes entre Francia é Inglaterra (1). El gobernador de Bostón tuvo con ellos sobre este asunto una conferencia muy singular. Despues de haber agotado todos los recursos de su astucia para sorprenderlos, tuvieron consejo entre sí los principales salvages, y presentándose su orador, dió esta respuesta en su nombre: „Tú me dices, capitán inglés, que no socorra á los franceses, en caso de que

(1) *Ibid.* p. 104.

los ataques. ¿Pero ignoras que el francés es hermano mio? Él y yo tenemos una misma oracion: nosotros ocupamos una misma cabaña con dos hogares: él tiene uno, y yo otro. Si tú entras en la cabaña por el lado en que mi hermano el francés está sentado en su hogar, yo te observo desde el otro hogar donde estoy echado en mi estera. Si te veo con una hacha, tendré este pensamiento: ¿qué quiere hacer el inglés? Entonces me pongo de pie en mi estera para observarle mejor. Si saca la hacha y hace ademán de herir á mi hermano el francés, cojo la mia y voy corriendo á herir al inglés. ¿Podria yo ver que se heria á mi hermano en nuestra cabaña, y estarme mano sobre mano en mi estera? Así, pues, te respondo, capitán inglés: no te metas con mi hermano, y no me metere yo contigo. Estate quieto en tu estera, y yo me estaré en la mia.”

22. Convencidos los ingleses de que si aquellos valerosos salvages estaban tan adictos á los franceses era por el vínculo de la religion, se valieron de todo género de artificios para atraerlos á la suya. Este lazo, encubierto con las promesas de grandes ventajas temporales, era naturalmente inevitable para unos hombres que apenas tenían mas que la parte animal de la naturaleza humana. Pero el Señor se complace sobre todo en manifestar la virtud de su gracia y la profundidad de su sabiduría en las naciones mas embrutecidas y mas abandonadas al placer. He aquí como respondieron por medio de su orador aquellos católicos salvages al primer predicante que se les

envió para seducirlos (1): „Me admiran tus proposiciones y la confianza con que me las haces. Tú veniste aquí mucho antes de que yo viese á los franceses. Ni tú, ni ninguno de los tuyos me hablaron entonces de la oracion ni del Gran Genio. Vieron mis pieles de castor y de oriñaco, y solo pensaron en esto. Las buscaron con ánsia, y yo no tenia bastantes para dejarlos contentos. Cuando les llevaba muchas, me trataban con grande amistad; y aquí paraba todo. Pero un dia que perdí el camino, fui á dar cerca de Quebec en una aldea, donde los Ropasnegras estaban enseñando la oracion. Apenas entré, vino hácia mí un Ropanegra. Yo iba cargado de pieles, y ni siquiera se dignó de mirarlas. Al contrario, se apresuró á hablarme del Gran Genio, de la morada feliz en que esperaba á sus adoradores, del calabozo ardiendo que consume á sus enemigos, y de la oracion que es el único medio de evitar lo uno y conseguir lo otro. Me gustaron sus palabras, y me detuve mucho tiempo en aquel lugar para oírle. En fin, se abrieron mis ojos, abracé la oracion, y recibí el bautismo. Volví despues á dar parte de mi felicidad á mi familia y á toda mi nacion. Me envidian, van á buscar al Ropanegra, y se preparan para recibir el bautismo. Si en el primer momento que me viste, me hubieses hablado de la oracion, cómo entonces no sabia yo si tu oracion era buena ó mala, quizá hubiera tenido la desgracia de orar como tú. Pero ahora te digo: la oracion que he recibido del francés es buena, la tuya

(1) *Ibid.* p. 210.